

Vecindario y comunidad: eficacia colectiva y seguridad ciudadana

Robert Sampson

1. Desigualdad de los barrios.
2. Eficacia colectiva.
3. Implicaciones para la gobernanza (*governance*) de los barrios.
4. Pasando de la vigilancia policial a la policía comunitaria.
5. Construyendo una "comunidad".

Bibliografía.

"La comunidad" ha sido un remedio prescrito para muchos de los males que afligen a la sociedad moderna. Las llamadas a retornar a los valores de la comunidad y al orden en los barrios se escuchan a través de todo el espectro político. Ya sean políticos (de derechas o izquierdas), fundaciones privadas, agentes inmobiliarios, instituciones oficiales, comunitaristas o científicos sociales, todos evocan a la comunidad. Incluso el Banco Mundial se ha sumado a la moda y también apela a la comunidad para aliviar la pobreza en todo el mundo (www.worldbank.org).

Es desde luego curioso el interés intelectual que suscita la idea de la comunidad. La propia disciplina de la sociología se fundó para hacer frente a las convulsiones de finales del siglo XIX, que se pensaba habían desgastado el capital social de las comunidades locales. A mediados del siglo XX, Robert Nisbet (1953) observó lo que el denominó una "ideología del lamento" –una preocupación extendida de que algo se ha perdido en la sociedad moderna y de que se requiere un retorno a la comunidad. Una

*Traducción de Elena Larrauri Pijoan del original "Neighbourhood and community. Collective efficacy and community safety", publicado en *New Economy*, 2004, p. 106-113.

vez más, Robert Putnam (2000) ha lamentado la pérdida de la comunidad y el declive de la sociedad cívica a medida que entramos en el siglo XXI.

De todas formas hay un problema, uno que presenta múltiples ironías, paradojas y numerosas preguntas. Para empezar, la tesis de la "pérdida de la comunidad" era errónea hace cien años y sigue siéndolo. Por otro lado, si la comunidad actualmente significa todo lo que es bueno, entonces pierde su capacidad analítica como concepto, y en consecuencia no significa nada. La retórica actual de la comunidad también tiende a desdeñar los lados oscuros de la vida comunitaria, y la evidencia de que los esfuerzos de toda una generación dedicados a construir una comunidad han sido baldíos. Uno se puede preguntar, ¿qué podemos perder con una vuelta a la comunidad y la idea de una gobernanza (*governance*) y control vecinal, ¿qué es lo que esta vida comunitaria nos puede negar potencialmente? La continua apelación a los valores de la comunidad, ¿evoca un pasado mítico, con la paradoja de que nos pide que volvamos a ninguna parte? ¿O que volvamos a un pasado sofocante?

Las modas académicas tampoco han ayudado demasiado. Los fáciles debates acerca de la globalización han ocultado a muchos científicos sociales y políticos la persistencia de la variación y la concentración local y de la estratificación en función del lugar. Se nos dice que vivimos en la era de la globalización donde el lugar es irrelevante –internet, los teléfonos móviles y los aviones son los ejemplos de la nueva era global, no las diferencias existentes entre barrios–. Y no obstante, los expertos más serios de la globalización sugieren que lo cierto es lo contrario. La tradicional estratificación de recursos en función del lugar persiste a pesar de los avances de la globalización. De forma paradójica la desigualdad en las oportunidades de vida entre los barrios se ha visto incrementada, y quizás exacerbada, con la globalización.

En resumen, el vecindario y la comunidad son aún importantes, pero están rodeados de mitos. En este artículo voy a considerar la naturaleza de los barrios en las sociedades modernas, intentando separar hechos de ficción y teoría políticamente relevante de ideología. En particular, discutiré las promesas y peligros de la gobernanza (*governance*) de los barrios, con una atención especial a la seguridad pública y el bienestar de la comunidad. Mi posición es que la vecindad y la comunidad tienen importancia, pero no para todo. Presentaré una teoría de la eficacia colectiva y sus implicaciones para el gobierno de los barrios –qué parece funcionar, qué no funciona y qué puede funcionar con la ayuda adecuada.

Antes de empezar debo hacer una advertencia. Mi experiencia proviene de investigaciones realizadas en Estados Unidos. Temo que esto quizás sea una dificultad para una audiencia no norteamericana, pero quizás también suministre una perspectiva novedosa que pueda resultar de interés. También me declaro culpable de realizar una condensación radical, y no pretendo ser exhaustivo. Me centro específicamente en ideas relativas a políticas (a) vinculadas a delitos y seguridad pública y (b) que no se basen excesivamente en mecanismos formales de control (por ejemplo, encarcelamientos masivos), que finalmente quizás erosionan el capital social y conducen a una deslegitimación de las instituciones del gobierno en los vecindarios pobres.

1. Desigualdad de los barrios

Como antecedente pienso que es importante remarcar la persistente desigualdad de los barrios que define los fenómenos a nivel local. Toda una serie de investigaciones en el Reino Unido y en Estados Unidos nos han permitido adquirir un conjunto de conocimientos que son relevantes para entender el contexto comunitario del delito, la seguridad y en general el bienestar. Estos hechos podrían resumirse de la siguiente manera:

–Primero, existe una desigualdad social considerable entre los barrios en términos socioeconómicos y de segregación racial. También hay una clara evidencia de la conexión entre la concentración de la desventaja y el aislamiento geográfico de grupos minoritarios raciales y étnicos.

–Segundo, hay toda una serie de problemas sociales que acostumbran a venir juntos a nivel de barrios, incluyendo, pero no limitándose a, delincuencia, delincuencia juvenil, desorden físico y social, bajo peso de nacimiento, mortalidad infantil, absentismo escolar y malos tratos a los niños.

–Tercero, dos conjuntos de elementos están relacionados entre sí: entre los factores de riesgo en el ámbito vecinal que son comunes a posteriores comportamientos de niños y adolescentes se incluyen la concentración de la pobreza, el aislamiento racial, las familias monoparentales y los índices de casas en propiedad y el tiempo de posesión del inmueble.

–Cuarto, la diferenciación ecológica con base en factores como la clase social, la raza y la salud es un suceso consistente que emerge en múltiples niveles territoriales. La estratificación de las comunidades locales se puede observar en pequeños y grandes vecindarios –e incluso en las ciudades.

–Quinto, la concentración ecológica de la pobreza parece haber incrementado de forma significativa durante las últimas décadas, así como también lo ha hecho la concentración de la afluencia en la parte superior de la escala de ingresos.

Si los consideramos de forma conjunta, estos hechos dan una importante pista de por qué los barrios son decisivos para el bienestar y el gobierno público. Si diversos resultados, múltiples y aparentemente dispares, aparecen empíricamente vinculados en los barrios y pueden ser predichos por características similares, entonces quizás haya causas subyacentes o mecanismos mediadores. Por ejemplo, si la concentración de la pobreza produce determinados “efectos en los barrios”, entonces éstos presumiblemente surgen de procesos sociales que tienen que ver con aspectos colectivos de la vida en los vecindarios, que son los que ahora voy a explorar.

2. Eficacia colectiva

Rechazo la antigua asunción de que los barrios se caracterizan por vínculos densos, íntimos y emocionales; defino a los vecindarios ecológicamente y muestro las variaciones existentes en la confianza en la colaboración conjunta (*working trust*) y en la disposición compartida de los residentes para intervenir en aras de conseguir el control social. El concepto de *eficacia colectiva* de los barrios captura el vínculo entre cohesión –especialmente confianza en la colaboración conjunta (*working trust*)– y expectativas compartidas de acción. De la misma manera que la eficacia personal es un concepto situacional (uno tiene eficacia en relación a una tarea determinada), la eficacia de un barrio existe en relación con tareas concretas, como la de mantener el orden. El mecanismo causal clave en la teoría de la eficacia colectiva es el control social que se desarrolla en condiciones de confianza social.

Visto desde esta perspectiva teórica, la eficacia colectiva es una construcción para una tarea específica, que presta atención a las expectativas compartidas y al compromiso mutuo de los residentes para lograr el control social local. Para medir el elemento de control social de la eficacia colectiva, hemos preguntado a los residentes acerca de la posibilidad de que sus vecinos actúen en distintos escenarios (por ejemplo, si vieran a los niños sin ir al colegio y quedarse por la calle, o si se apercebiesen de que la estación de bomberos que hay en el barrio va a ser cerrada debido

a recortes presupuestarios). La dimensión de la cohesión ha sido medida con ítems que capturan la confianza local, la disponibilidad a ayudar a los vecinos y los valores compartidos.

Si se controla por toda una serie de características individuales y vecinales, incluyendo la pobreza y la densidad de los vínculos de amistad, la eficacia colectiva predice directamente índices más bajos de violencia (Sampson *et al.*, 1997). En un caso, el incremento de dos desviaciones estándar en la variable de eficacia colectiva se asoció con una reducción del 40% en la tasa de homicidios previstos en los vecindarios de Chicago. Esta asociación con la delincuencia se mantiene incluso cuando experiencias previas de violencia quizás hayan debilitado, debido al miedo, la eficacia colectiva.

Mi uso del término de eficacia colectiva aleja nuestra atención de los vínculos privados y pone el énfasis en las creencias compartidas en la capacidad del vecindario de actuar en aras de conseguir un determinado objetivo, unido a un sentimiento de participación ciudadana por parte de los residentes. Desde luego que es esencial que exista alguna densidad de redes sociales, especialmente de aquellas que descansan en la confianza social. Pero la cuestión teórica clave es que las redes necesitan ser activadas para que en última instancia sean significativas.

Distinguir entre el recurso potencial que representan los vínculos personales, por un lado, y las expectativas compartidas de acción de los vecinos, que es lo que representa la eficacia colectiva, por otro, permite clarificar la paradoja de la densidad de las redes sociales. A saber, las redes sociales promueven las condiciones en las que la eficacia colectiva puede surgir, pero no son suficientes para el ejercicio del control. Por ello la perspectiva teórica que adopto reconoce los cambios que existen en la vida moderna urbana, afirmando que en tanto que la eficacia de la comunidad puede depender de la confianza y la interacción social, no requiere que mi vecino o el policía del barrio sean mis amigos.

La siguiente cuestión lógica que surge es: ¿qué tipos de vecindarios y políticas promueven la eficacia colectiva? La desigualdad de los recursos es básica para explicar las variaciones en la producción de eficacia colectiva. La concentración de desventaja, y en concreto la falta de propiedad de las viviendas, predicen bajos niveles de eficacia colectiva. En un reciente estudio mostramos que ambos, los niveles iniciales de pobreza y los incrementos inesperados de pobreza durante un periodo de veinte años, condujeron a la erosión de la eficacia colectiva en los barrios de Chicago

(Sampson y Morenoff, 2004), apoyando con ello la inferencia de que la eficacia colectiva está directamente relacionada con la desigualdad estructural. Más aún, la asociación entre la desventaja y la inestabilidad residencial y la violencia se reduce significativamente cuando se controla por la eficacia colectiva. Estos resultados son coherentes con la inferencia de que las constricciones más generales de los barrios en parte influyen en la violencia a través del papel mediador o más próximo de la eficacia colectiva (Sampson *et al.*, 1997).

A pesar de que va más allá de la intención de este artículo, también argüiría que una infraestructura institucional fuerte y la confianza en la colaboración conjunta (*working trust*) entre las organizaciones ayudan a mantener la capacidad para la acción social de una forma que trasciende los vínculos personales. En otras palabras, las organizaciones pueden, por lo menos en principio, fomentar la eficacia colectiva, a menudo a través de la creación de redes entre ellas mismas. Ya sea la recogida de basuras, la elección de un emplazamiento para la estación de bomberos, la creación de escuelas o la respuesta policial, las comunidades se enfrentan a un montón de retos que ya no pueden (si alguna vez pudieron) ser resueltos sólo con el apoyo de individuos. La acción depende de la conexión de las organizaciones, conexiones que no necesariamente son densas o reflejan la estructura de los vínculos personales existentes en una comunidad. Nuestra investigación apoya esta posición, mostrando que la densidad de las organizaciones locales y asociaciones de voluntarios predice niveles más altos de eficacia colectiva, aun controlando por la pobreza y la composición étnica de la población.

3. Implicaciones para la gobernanza (*governance*) de los barrios

La teoría de la eficacia colectiva sugiere, en primer lugar, que la información es una herramienta necesaria para gobernar los barrios. La tradición normalmente ha sido que el gobierno y las organizaciones locales acumulen la información que tiene que ver con las evaluaciones. Tómese por ejemplo el área de la delincuencia, donde no ha sido hasta recientemente que los avances en los ordenadores han permitido la identificación de los “puntos calientes” ecológicos problemáticos. Al responder de forma proactiva a los vecindarios y a los lugares que generan delincuencia de forma desproporcionada, las intervenciones estratégicas pueden evitar de forma más eficiente episodios de violencia y su difusión espacial.

De todas formas, yo defendería una estrategia más atrevida. Hasta hoy las tecnologías que suministran la información han sido usadas como herramientas exclusivamente y quizás sólo por “expertos” –a saber: la policía–. De acuerdo con la noción de que la eficacia colectiva es un proceso nivelador que requiere la participación ciudadana, esta información no debiera ser accesible sólo a los policías o investigadores. Con los avances tecnológicos, la información relativa a los delitos y el sitio de los puntos problemáticos podría, en principio, ponerse a disposición de los residentes y organizaciones locales. Si los residentes supieran cuándo y dónde están ocurriendo estos incidentes –más o menos en tiempo real– se podría producir una movilización efectiva e innovadora que fuera más allá del poder policial.

Una de las cosas que hemos aprendido de las investigaciones es que, incluso en barrios de mucha delincuencia, la mayor parte de lugares son seguros la mayor parte del tiempo. A pesar de que el conocimiento acerca de la distribución y frecuencia del delito podría ser alarmante en un inicio, este conocimiento podría de últimas incrementar el sentimiento de eficacia colectiva de los residentes, y quizás llevar a demandas de que las autoridades pertinentes lleven a cabo las reformas que sean necesarias. En resumen, no estoy defendiendo la simple devolución del control a las comunidades, sino argumentando de forma analítica los beneficios de compartir la información.

Una segunda implicación para la gobernanza (*governance*) de los barrios se refiere a los símbolos visibles del desorden público y a la viabilidad de las denominadas estrategias policiales basadas en la teoría de las “ventanas rotas”. Las investigaciones recientes en Chicago indican que la relación entre desorden público y delito es fundamentalmente espuria (Sampson y Raudenbush, 2001), socavando con ello una de las asunciones principales de las estrategias policiales de “tolerancia cero”, ahora tan actuales en muchas de las ciudades del mundo. Si estos resultados son correctos, no es sólo que se sobreestime la efectividad de estas estrategias basadas en controlar el desorden, sino que además estas políticas pueden llevar a una crisis de legitimidad en las comunidades de minorías étnicas y pobres –a pesar de que estas comunidades están desesperadas por conseguir reducir el delito–. Es indudable que si la concentración de pobreza es lo que mejor pronostica el desorden, entonces las políticas para erradicar el desorden son en último término usadas para controlar a los pobres.

Esta combinación es potencialmente explosiva. Desde el momento en que se socava la confianza en la policía, debido a un uso excesivo de la

fuerza y a una mentalidad de estado de sitio en la estrategia policial contra el desorden (¿pobreza?), se socava la capacidad de la policía para trabajar con la comunidad local. Por ejemplo, los intentos más rudos de la policía de reducir el desorden a través de detenciones masivas por faltas leves o mediante tácticas agresivas de registro y cacheo sin un motivo suficiente y razonable, pueden llevar a actitudes cínicas entre los residentes acerca de la posibilidad de establecer una cooperación público-privada. Cada vez hay más evidencia de que las tácticas basadas en erradicar el desorden y las ofensas leves pueden poner en peligro la capacidad de la policía para actuar conjuntamente con los habitantes de los vecindarios habitados por minorías. También hay evidencia de que entre los grupos marginados en ciudades europeas la alienación respecto de la policía socava la capacidad de la comunidad para actuar en su propia protección a través de la cooperación mutua.

Por ello la legitimidad de la actuación policial es básica, pues lo que la gente parece pedir no es menos policía, sino *policía de otro tipo*. Sabemos desde hace tiempo, por nuestras investigaciones, que nueve de cada diez encuentros policiales con los ciudadanos derivan de llamadas de estos últimos. Este es un hecho con unas implicaciones muy profundas, puesto que muestra la importancia central de los ciudadanos como agentes del control del delito. Que los ciudadanos piden más policía es especialmente cierto en los vecindarios habitados por minorías y de bajos ingresos en los que además las tasas de delincuencia son altas. Pero los ciudadanos no quieren una policía racista o una comprensión jerárquica de la labor de la policía que los trate exclusivamente como recipientes pasivos de su actuación. Las implicaciones de la teoría de la eficacia colectiva con relación a las estrategias policiales se refieren a la necesidad de ofrecer estrategias innovadoras que consistan en establecer relaciones legítimas y procedimentalmente justas.

4. Pasando de la vigilancia policial a la policía comunitaria

Una cuestión actualmente popular es la de la correcta relación entre policía comunitaria y estrategias policiales basadas en la teoría de las ventanas rotas. ¿Son la misma cosa? Yo pienso que no. Cuando menos en teoría, la policía comunitaria enfatiza el establecimiento de relaciones entre la policía y la comunidad para reducir el delito y aumentar la seguridad. La mayor parte de esfuerzos de la policía comunitaria se ha centrado, más

que exclusivamente en delitos, en identificar con la comunidad los problemas que hay detrás de muchos sucesos delictivos (por ejemplo mercado de la droga, establecimientos ruidosos, casas abandonadas). A pesar de que no es numerosa, hay una mínima evidencia de que los esfuerzos de la policía comunitaria para ayudar a los residentes a resolver sus problemas de desorden local y delincuencia están funcionando en muchas ciudades de Estados Unidos.

La policía comunitaria es relevante para el objetivo específico de promover una mayor implicación ciudadana de los residentes en la vida de sus vecindarios. Una implicación lógica es que el policía actúe como catalizador para difundir un sentimiento de propiedad de los espacios públicos y conseguir activar el control social informal. Una herramienta que se ha desarrollado en Estados Unidos para alcanzar este objetivo es las reuniones de barrio –encuentros periódicos entre la policía y los residentes generalmente en instituciones públicas de fácil acceso (por ejemplo iglesias o escuelas)–. La idea es asegurar que la comunidad participe en el proceso de resolución de problemas. ¿Funciona? La evidencia de la *Chicago Alternative Policing Strategy* sugiere que estas reuniones eran uno de los signos más visibles y originales de la policía comunitaria (Skogan y Harnett, 1997). Esta reunión tiene un especial interés porque puede promover el tipo de participación de los ciudadanos que ha sido problemático en los barrios pobres. En este sentido, entiendo que el valor de la policía comunitaria no es tanto el que se patrulle a pie como que se institucionalicen espacios donde los ciudadanos puedan participar en las tareas de control social.

Al propio tiempo, debido a la desconfianza con la que es recibida la policía en los barrios de minorías étnicas, que son las que soportan mayores tasas de delincuencia violenta, los esfuerzos de cooperación fracasarán a pesar de que los residentes compartan el deseo de que haya menos delito e incluso una disponibilidad a participar. Un ejemplo fascinante de relaciones comunitarias con la policía que aborda el problema de la legitimidad puede verse en Boston. A pesar de que no se desarrolló bajo el título de policía comunitaria, la “Coalición de Diez Puntos” fue formada por un grupo de sacerdotes a inicios de los noventa para tratar el problema del marcado incremento de la violencia juvenil.

Un problema persistente en las comunidades minoritarias de Boston (e indudablemente en las ciudades del Reino Unido) es la desconfianza

entre la policía y los residentes. Cuando la violencia empezó a aumentar surgió el conflicto agudo de que los residentes querían calles más seguras para los niños, pero no estaban dispuestos a que sus hijos fueran detenidos en masa. Las tácticas policiales agresivas (por ejemplo los registros y cacheos dirigidos a jóvenes negros) sólo consiguieron empeorar las cosas. Como resultado, en Boston y otras comunidades en donde se concentraba la desventaja social, era difícil alcanzar un consenso acerca de lo que constituía una actividad policial legítima y constructiva.

La clave de la coalición de Boston fue crear lo que Berrien y Winship (2002) denominan un “paraguas de legitimidad” bajo el cual pueda trabajar la policía. Más que descartar a la policía, los líderes religiosos de la comunidad negra de Boston pidieron cambios y se convirtieron esencialmente en una institución intermedia entre la policía y la comunidad, mediando cuando había conflictos y suministrando legitimidad para las actividades policiales adecuadas. De nuevo se mostró que los ciudadanos no quieren menos policía sino una policía distinta. Los sacerdotes adoptaron la responsabilidad de insistir en que los jóvenes respetasen el orden social y en conseguir que la policía adoptara métodos no abusivos y no racistas; sólo con esto último se conseguía lo primero. Aparentemente los líderes religiosos tenían legitimidad frente a los residentes de los barrios para realizar estos esfuerzos. La evaluación de la coalición está aún en curso, pero Berrien y Winship (2002) arguyen convincentemente que buena parte del descenso de la violencia juvenil que se produjo en Boston a mediados de los noventa se debe a la relación que los líderes religiosos consiguieron establecer entre la policía y el público.

5. Construyendo una “comunidad”

La ventaja de la teoría de la eficacia colectiva, a mi juicio, es que reafirma la importancia de pensar en respuestas sociales para enfrentarse a problemas sociales. Frecuentemente nuestras políticas son reduccionistas, intentando cambiar o incapacitar a los individuos, generalmente de una forma jerárquica y en la que predomina el control del Estado. La perspectiva que aquí se defiende afirma casi lo contrario, aunque no dice que los individuos no sean importantes, ni que la intervención del Estado sea innecesaria u obligatoriamente injusta. Más bien mi objetivo ha sido articular cómo podemos aumentar la seguridad pública a nivel vecinal, especialmente a través de políticas que implican intersecciones entre el gobierno y la comunidad.

A pesar de que espero que hayamos aprendido cosas, creo no obstante que debo realizar algunas advertencias para no caer en la trampa del determinismo local. El ideal de que los residentes aúnen fuerzas para construir una comunidad y mantener el orden social es esencialmente positivo, pero lo que pasa en los barrios está en gran medida configurado por fuerzas sociales que no tienen carácter local, por la economía política más general y por dinámicas espaciales de orden municipal y no barrial. Además de apoyar a las comunidades para que movilicen estrategias de control social informal, se necesitan estrategias para afrontar los cambios sociales y económicos que han destrozado muchos centros urbanos (especialmente las constricciones impuestas por la desigualdad de recursos, la segregación racial y la concentración de pobreza). Las políticas decididas para reducir la concentración de la pobreza y promover la propiedad de las viviendas son especialmente deseables.

La comunidad también tiene límites obvios, y puede ser movilizada en aras de objetivos positivos o negativos. En la búsqueda del control social informal existe el peligro de que las libertades sean restringidas de forma innecesaria (que la gente se vea confrontada con una vigilancia no querida o injusta). Por ejemplo, la vigilancia de personas “sospechosas” en comunidades controladas socialmente puede conllevar el interrogatorio y la persecución de las minorías raciales. Piénsese que hay muchas comunidades que se han unido para obstruir la residencia en las mismas de determinadas personas pertenecientes a minorías étnicas.

Más aún, la mera existencia de instituciones locales no implica que sus intereses coincidan con los del vecindario. Muchos esfuerzos en el área del gobierno de los barrios parecen implicar que sólo necesitamos que existan organizaciones locales para que éstas solucionen los problemas locales. Pero en muchas ocasiones hay organizaciones, como las iglesias, que están en el vecindario, pero no son del vecindario (McRoberts, 2003). De hecho hay bastante evidencia de que las organizaciones locales tienen como objetivo prioritario su propia supervivencia, aun a costa de los intereses de toda la comunidad.

Estas notas de cautela sugieren que debemos ponderar el interés en lo colectivo con el de la defensa de los intereses auténticamente públicos. Para enjuiciar si las estructuras vecinales sirven a los intereses colectivos aplico el requisito de no exclusividad del bien social. La seguridad, un ambiente limpio, una educación de calidad para los niños, mantener los vínculos intergeneracionales, intercambiar recíprocamente información y

servicios entre familias y la disponibilidad para intervenir en favor de la seguridad local: creo que todos suministran un bien social que produce externalidades positivas de beneficio potencial para todos los residentes –especialmente los niños.

Parece apropiado concluir reflexionando acerca de cuáles son las características esenciales de una “buena” comunidad. La buena comunidad, por lo menos por lo que respecta a la seguridad pública, es una que no es creada a través de la marginación ni la exclusión de los de fuera y que no se basa exclusivamente en las amenazas de las agencias de control formal. Más bien, la buena comunidad es una en la que la legitimidad del orden social proviene en parte de un compromiso mutuo y negociado entre los residentes, las instituciones mediadoras y las agencias encargadas de aplicar la ley. De forma inevitable ello implica que debemos estar dispuestos a crear oportunidades constructivas de resolver los conflictos en la producción de bienes sociales.

Es de interés recordar el trabajo clásico de Albert Hirschman (1970) acerca de las opciones disponibles para las personas en las organizaciones: salir, opinar y ser leales. Los residentes de los barrios han usado a menudo la opción de salir, arrasando con ello el capital social en las áreas abandonadas. El ser leales también ha sido usado a veces en forma excluyente (como en el caso infame de los barrios que se defienden de la entrada de otras razas). El éxito de la perspectiva de la eficacia colectiva está en última medida unido a que se lleve a término de forma equitativa la opción de “opinar” en el proceso de construir una autoridad estatal y local legítima, al tiempo que se repara la persistente estratificación económica y racial que asola las ciudades modernas. Después de todo, las comunidades son construcciones sociales, y por tanto el proceso de su construcción debería ser la base de nuestras teorías y políticas públicas.

Bibliografía

BERRIEN, J.; WINSHIP, C. (2002). “An Umbrella of Legitimacy: Boston’s Police Department Ten Point Coalition collaboration”, en Katzman G. (ed.): *Securing Our Children’s Future*. Brookings Institute Press.

HIRSCHMAN, A. (1970). *Exit, Voice and Loyalty*. Harvard University Press.

NISBET, R. (1953). *The Quest for Community*. Oxford University Press.

MCROBERTS, O. (2003). *Streets of Glory: Church and community in a black urban neighbourhood*. University of Chicago Press.

PUTNAM, R. (2000). *Bowling Alone: The collapse and renewal of American community*. Simon and Schuster.

SAMPSON, R.; RAUDENBUSH, S.; EARLS, F. (1997). "Neighborhoods and Violent Crime: A multilevel study of collective efficacy", en *Science*, 277.

SAMPSON, R.; RAUDENBUSH, S. (2001). *Disorder in Urban neighbourhoods: Does it lead to crime?* US Department of Justice. www.ojp.usdoj.gov.*

SAMPSON, R.; MORENOFF, J. (2006). "Durable Inequality: Spatial dynamics, social processes, and the persistence of poverty in Chicago neighbourhoods" en Bowles S. et al. (ed.): *Poverty Traps*. Princeton University Press .

SKOGAN, W.; HARTNETT, S. (1997). *Community Policing Chicago Style*. Oxford University Press.

* Este estudio también aparece traducido en este volumen.

